

**ESTUDIOS AFROCOLOMBIANOS
APORTES PARA UN ESTADO DEL ARTE**

Memorias del Primer Coloquio Nacional
de Estudios Afrocolombianos
Universidad del Cauca
Popayán, octubre de 2001

AXEL ALEJANDRO ROJAS MARTÍNEZ
Compilador

**EDITORIAL
UNIVERSIDAD DEL CAUCA**

© Editorial Universidad del Cauca 2004.

Universidad del Cauca
Centro de Educación Abierta y a Distancia.
Grupo de Investigaciones para la Etnoeducación.

Primera edición
Febrero de 2004

Editor General de Publicaciones:
Felipe García Quintero

Coordinación editorial y académica:
Martha Elena Corrales Carvajal

Digramación:
Enrique Ocampo Castro

Reservados todos los derechos.
Prohibida la reproducción total o parcial de las ponencias
aquí publicadas por cualquier medio, sin permiso escrito
de la Universidad del Cauca.

ISBN: 958-9475-48-5

TABLA DE CONTENIDO

AGRADECIMIENTOS	7
PRESENTACIÓN	
Axel Alejandro Rojas	9
HACIA LOS ESTUDIOS DE LAS COLOMBIAS NEGRAS	
Eduardo Restrepo	19
FORMAS DE CONSTRUCCIÓN Y GESTIÓN DE LA ALTERIDAD. REFLEXIONES SOBRE «RAZA» Y «ETNICIDAD»	
Elisabeth Cunin	59
LA CONSTRUCCIÓN DE UN MODELO DE CIUDADANÍA DIFERENCIADA: EL EMPODERAMIENTO POLÍTICO DE LA POBLACIÓN AFROCOLOMBIANA Y EL EJERCICIO DE LA MOVILIZACIÓN ÉTNICA	
Teodora Hurtado Saa	75
PERFILES SOCIODEMOGRÁFICOS DE LA POBLACIÓN AFROCOLOMBIANA EN CONTEXTOS URBANO-REGIONALES DEL PAÍS A COMIENZOS DEL SIGLO XXI	
Fernando Urrea Giraldo, Héctor Fabio Ramírez, Carlos Viáfara López	97
APROXIMACIÓN A LA SITUACIÓN EDUCATIVA A FROCOLOMBIANA	
Daniel Garcés Aragón	147
ENTRE POTRILLO Y CANALETE: LAS COMUNIDADES RENACIENTES DE LA ZONA RURAL DEL MUNICIPIO DE BUENAVENTURA, EL TERRITORIO Y SUS PRÁCTICAS TRADICIONALES SOCIOCULTURALES	
Alfonso Cassiani Herrera	177

EL PACÍFICO SUR DESDE LA MIRADA CLERICAL EN EL SIGLO XX: APUNTES PARA PENSAR LA RELIGIOSIDAD POPULAR AFROCOLOMBIANA	
Santiago Arboleda Quiñones	195
SOBRE LOS POBLADOS Y LA VIVIENDA DEL PACÍFICO	
Gilma Mosquera Torres	225
NOTAS SOBRE LA TRAYECTORIA DEL POBLAMIENTO DEL PACÍFICO	
Jacques Aprile-Gniset.....	261
CONTEXTUALIZACIÓN HISTÓRICA DEL «AFROCOLOMBIANO» DESDE LAS FUENTES DOCUMENTALES: UNA PROPUESTA METODOLÓGICA	
Zamira Díaz López	285
PRÁCTICAS ANCESTRALES EN LA NARRATIVA COLOMBINA	
Hortensia Alaix de Valencia	303
COLOMBIA: IDENTIDAD FRAGMENTADA EN «DEL AMOR Y OTROS DEMONIOS»	
María Estela Vidal Ruales	317
EL BAMBUCO PATIANO: EVIDENCIA DE LO NEGRO EN EL BAMBUCO	
Paloma Muñoz	325

PRÁCTICAS ANCESTRALES EN LA NARRATIVA COLOMBINA

Hortensia Alaix de Valencia¹

A propósito de lecturas realizadas sobre los postulados de críticos e investigadores sobre el tema de la africanidad y con base en mis reflexiones sobre la presencia del negro en la narrativa colombiana de los siglos XIX y XX, he elaborado este texto. Pues la relectura de algunas obras me ha permitido observar cómo a través de la historia literaria, también se puede constatar que la presencia del negro hace parte de constitutiva de nuestra realidad e identidad nacional, la cual no podemos negar.

Para tal fin recurriré a la historia y a la palabra escrita de los siguientes narradores colombianos: Eugenio Díaz, Jorge Isaacs, Tomás Carrasquilla, Manuel Zapata Olivella y Álvaro Mutis. Escritores que crearon realidades literarias en sus obras, a través de las cuales nos entregan un legado ancestral de prácticas religiosas y del trabajo del negro, además de recoger su palabra oral. Estos son hechos que, aunque los escritores no lo afirmen, son relevantes en su escritura.

Se puede afirmar que la presencia del negro en la novelística colombiana se remonta a 1844, cuando el general Juan José Nieto escribe y publica en Kingston, Jamaica, la novela «Ingermina o la hija de Kalamarí». Sin embargo, a mediados del siglo XVIII, el escritor Juan Rodríguez Freile, en su crónica «El Carnero» hace alusión al negro, trayendo a colación la actitud *non santa* de Juana García, «negra horra que había subido a este reino con el adelantado Don Alonso Luis de Lugo en la época de la Colonia» (Rodríguez Freile, 1981:137)

Desde la obra de Freile se iniciará la mirada sobre la presencia del negro y de sus prácticas ancestrales. Para Rodríguez Freile, misógino e inmerso en las creencias religiosas cristianas, y con una preparación intelectual recibida en España, no le era difícil tener una

¹ Fue profesora del departamento de Español y Literatura de la Universidad del Cauca.

mirada negativa hacia la mujer y en este caso hacia aquellas que por sus prácticas, llamadas de brujería, atentaban contra la fe cristiana: «sólo Dios puede alcanzar el interior de los hombres y de las cosas» (Rodríguez Freile, 1981:138)

Rodríguez Freile (1981:139) anota lo relacionado con un acto de brujería realizado por la negra Juana García y sus hijas, para calmar la ansiedad de la esposa de Don Juan de Lugo, ocultándole el nacimiento de un infante no engendrado por él. Este acto se realiza a través de la lectura de las nítidas aguas puestas en un lebrillo verde (vasija de barro vidriado), en el que la esposa verá lo que quiere ver y despachará a la criatura antes de que llegue el marido. Engañada como ha sido por Juana García, quien le traduce lo que ella vio en el lebrillo, le comunica que el marido no regresará pronto y que ella podría tener otro embarazo; «tranquilizada la señora se entrega a la holgura y a la comida junto a las amigas, que han sido invitadas para tal acto».

No se puede negar que en el contexto neogranadino y desde los albores de la vida nacional como república, la represión religiosa y social es una constante. Al respecto es interesante señalar tres acontecimientos históricos anotados por Adriana Maya (1966:31):1. La decadencia de la trata por Cartagena y el impacto del viraje caribeño del comercio negrero en el siglo XVIII; 2. La especificidad de la economía minera en la Nueva Granada; 3. La instauración del Tribunal del Santo oficio en Cartagena en 1.610.

Cada uno de estos aspectos se constata en la escritura de los narradores colombianos arriba enunciados.

Empecemos con la novela «Manuela» del escritor bogotano Eugenio Díaz, que fue publicada por entregas en el periódico El Mosaico en 1856, bajo la dirección de don José María Vergara y Vergara, cuatro años después de la abolición de la esclavitud. En esta narración el tema sobre el negro se esboza desde la perspectiva de asentamiento humano. *La parroquia*, así se llama el espacio donde se desarrollan los hechos, está habitada por «africanos, españoles e indios». Es interesante observar cómo estos grupos humanos se juntan en el trabajo de los trapiches, muy comunes en la época; además el país ha iniciado el auge de los cultivos del tabaco, el algodón, el añil y por supuesto comienzan a abundar las fábricas para procesar la caña de azúcar:

Los contornos de esta fábrica de El Retiro, harían reventar de pena el corazón de un radical porque los grupos del bagazo, el tizne de la humareda, la palidez de los peones, el sueño, la lentitud y la desdicha, no muestran sino el alto desprecio de la humanidad. Las tres razas, a saber la africana, la española y la india, con sus variedades se encuentran confundidas por el tizne, la cachaza, las herpes, y la miseria (Díaz, 1972:42).

Como se observa, la vida de arrendatarios, aparceros y trapicheros no es la mejor; en plena mitad del siglo XIX, aún prevalece en el país el régimen feudal y colonialista, que sólo encontró una relativa estabilidad hasta finales del siglo, después de grandes y frecuentes luchas políticas.

También es importante tratar de dilucidar, según Jackson (1986:18), cómo persiste el tema del negro en la novela «María» del escritor vallecaucano Jorge Isaacs: «La huella africana a lo largo de la historia, en las tradiciones hispanoamericanas, es a la vez evidente y enigmática o compleja porque a veces las aportaciones que deben ser más obvias se nos escapa de la vida por razones del sincretismo de la cultura africana e indígena».

Pues bien, estas huellas se hallan en la novela «María», la obra cumbre del romanticismo colombiano e hispanoamericano, pues en ella se sintetizan los rasgos de la vida social y cultural del negro. El paisaje fue para el romántico un punto de apoyo para expresar sus sentimientos, pero dentro de la novela de Isaacs cobra mayor sentido sociocultural y está ligado íntimamente al desarrollo del país, descartando con ello que la obra «María» sea un documento histórico.

Vale la pena aclarar que a través de la novela, y a la luz de documentos encontrados sobre Isaacs, se puede vislumbrar la realidad nacional del siglo XIX; su situación económica y política. Esto se evidencia en ese manifiesto idealismo del tratamiento de los negros en la obra. La crítica también se hace por las oposiciones y en la novela las hay.

La presencia del negro en «María» está ligada al paisaje, a la vida familiar, pero sobre todo al trabajo y desarrollo económico. En la historia del país la presencia del negro fue necesaria, fue considerado «una mercancía de inversión», a la cual se le realizaba el «palmeo», y el chequeo médico «que llegaba hasta la valoración de la dentadura y luego de comprado se procedía a marcarlo bien en el pecho o en el rostro» (Escalante, 1964:69).

Como antes lo afirmé, los acontecimientos históricos sí aparecen en la novela, pero distanciados del tema idílico; es decir que no configuran un elemento evidente para llamarla novela histórica, como sí se dio en otras latitudes latinoamericanas. Considero que el negro se destaca en «María» desde dos perspectivas: una relacionada con la situación social y económica, y la otra que va ligada con las manifestaciones culturales (tradición oral, bailes, cantos, rituales).

Al volver la mirada hacia el pasado y al analizar el contexto socioeconómico que vivió el país a mediados del siglo XIX, podemos observar que aunque en 1851 fue abolida la esclavitud bajo el gobierno de José Hilario López, esta supuesta libertad «quedó limitada por nuevos mecanismos como el concierto, la matrícula y la ley de vagancia, mediante los cuales se les obligaba a trabajar para un patrón aceptando las condiciones que éste impusiera» (Gutiérrez, 1980:85).

Casi en todos los capítulos de la obra se hace referencia a los negros, destacando su origen, la travesía en los barcos negreros, los trabajos que realizan en las haciendas y sus relaciones con los amos.

La hacienda que evolucionó a partir de encomienda de indios a favorecidos de los Mosqueras, tuvo una forma antigua que se conoce como hacienda de campo y que utilizó en gran parte la mano de obra indígena para la producción de trigo y maíz. Pero a medida que los frentes mineros intensificaron su producción se hizo necesario mayor número de trabajadores en las minas y desde luego aumento de provisiones del agro. Surgió entonces la hacienda de trapiche que combinó la siembra de caña de azúcar con los cultivos de arroz y frijoles, la preparación de mieles y desde luego la ceba de ganados para el abasto de carnes (Friedemann, 1993:84).

El padre de Efraín, procedente de Jamaica, se ubicó primero en el Chocó en donde probó fortuna y luego se trasladó al Valle del Cauca en donde fija su residencia, y como propietario de hacienda también tenía sus esclavos.

Fijó una costosa y bella fábrica de azúcar, muchas fanegadas de caña para abastecerla, extensas dehesas con ganado vacuno y caballar. Buenos cebaderos y una lujosa casa de habitación, constituían lo más notable de sus haciendas de tierra caliente. Los esclavos bien vestidos y contentos hasta donde es posible estarlo en la servidumbre, eran sumisos y afectuosos para con su amo (Isaacs, 1967:29)

Los esclavos desempeñan toda la gama de trabajos que la hacienda requiere, y por la palabra del narrador se intuye el trato que manifiesta cariño. El negro participa de las bondades de sus amos, aunque se deslice en alguna oportunidad la frase despectiva a su origen.

Destaco a tres negros que están íntimamente ligados a María y Efraín: ellos son: Juan Ángel, Estéfana y Tiburcio, con sus actuaciones y maneras de ser, se puede observar la parte humana del negro, pero las palabras dejan traslucir esa otra realidad, la que vivió el negro a pesar de haber obtenido la libertad; muchos negros quedan ligados a sus antiguos amos por no tener definido otro sitio para su asentamiento y trabajo.

Juan Ángel, hijo de la negra liberta Feliciano, es el compañero de Efraín; por su edad es medroso, asustadizo. El narrador cuenta que su oficio era servir en las caballerizas, llevar los recados, recoger la correspondencia y acompañar al niño Efraín cuando iba de cacería o de visita a otras haciendas. A la muerte de su madre queda completamente libre, pero prefiere quedarse con la familia de Efraín. Su amito dice:

Tenía yo un cariño especial al negrito: él contaba a la sazón doce años; era simpático y casi pudiera decirse que bello. Aunque inteligente, su índole tenía algo de huraño. La vida que hasta entonces había llevado, no era la adecuada para dar suelta a su carácter, pues mediaban motivos para mirarlo. Mas fuera del servicio de mesa y de cámara y de la habilidad para preparar el café, en lo demás era demasiado bisono (Isaacs, 1967:100).

Como podemos leer entre líneas, se devela que por la actitud psíquica y física de Juan Ángel, a pesar de ser un niño, es apto para muchas labores, aparte que se destaca como un ser inteligente y por supuesto de gran belleza, cualidades que no son ajenas a los descendientes de africanos.

Estefanía sirve a María, la negrita está presta a obedecer las órdenes de su amita, y se hace cómplice en algunos menesteres, como cuando acude a preparar el baño a su amo Efraín, junto con su señorita María:

El agua estaba a nivel del chorro, y se veían en ella, sobrenadando o errantes por el fondo diáfano, las rosas que Estéfana había derramado en el estanque.

Era Estéfana una negra de doce años, hija de esclavos nuestros: su índole y belleza la hacían simpática para todos. Tenía un afecto fanático por su señorita María, la cual se esmeraba en hacerla vestir graciosamente (Isaacs, 1967:133).

Nuevamente el narrador destaca las cualidades físicas de la joven negra y alude a sus orígenes y al trato que en la hacienda de sus padres se hace, diferente a la forma como lo hacen en las chagras u otras haciendas.

No es ajena la mirada de Efraín sobre las cualidades físicas de sus servidores, ha contado como visten, bailan y hacen sus trabajos: «eran sumisos y afectuosos con sus amos». Pero también se puede observar que cuando destaca la manera de trabajar no hay diferencia entre hombres y mujeres jóvenes, pero que hay trabajos menos pesados para negros lisiados en los trapiches, como es el caso de Emigdio, cuyo oficio se reduce a dar de comer a los cerdos, llevar los caballos al comedero, limpiarlos. El narrador, lejos de encubrir esta realidad le sorprende, trata de mostrar a través de los contrastes, cómo se lleva a cabo el trato de los negros de la hacienda el Paraíso, en donde esta corresponde a una visión edénica.

Tiburcio, un mulato peón de la chagra (haciendita) era por supuesto y con relación a Juan Ángel, adulto, diestro para la caza. Efraín lo conoce por las referencias que hace de él el padre de Salomé. Es interesante escuchar la conversación que Custodio entabla con el joven Efraín, a quien le manifiesta lo disgustado que se halla por las relaciones entre Tiburcio y su hija Salomé:

- *¿Usted sí conoce a Tiburcio, el mulatico que crió el difunto Murcia?*
- *¿No es el que se quería casar con Salomé?*
- *Allá llegaremos.*
- *No se quién lo crió. Pero vaya si lo conozco: lo he visto en casa de usted y en la de José y aún hemos cazado juntos; es un guapo mozo.*
- *El es el hijo de una mulata que le costó al viejo una revotación de tiricia que por poco se lo lleva, pues a los cuatro meses de haber comprado a la zamba en Quilichao, se le murió. (Isaacs, 1967:247)*

La manera despectiva con que el dueño de la chagra habla del nacimiento del negro Tiburcio, revela la malquerencia de Custodio ante esta relación amorosa. Aquí destaco otro aspecto que señalo como idealizante en el trato de los amos con los negros: el chagrero le pide a Efraín que hable con su madre para que Salomé pase unos meses en la hacienda aprendiendo las labores de costura junto a las hermanas de Efraín y de su prima María, y así se olvide de Tiburcio.

Los diálogos que se suceden entre Efraín, Salomé y Tiburcio, permiten observar familiarismo e intimidad con los habitantes de chagras. Conociendo la posición partidista de Jorge Isaacs, no podía esperarse algo distinto; la ideología de Isaacs queda develada. Me atrevo a juzgar que antes de ser una mirada débil sobre el tratamiento que se da al negro, con el empleo de los contrastes en la vida cotidiana, está mostrando cómo en el país se violaban las leyes emanadas del Código Negro Español, como el de la Cédula de 1789 en donde se disponía no poner trabajos pesados a las mujeres.

En la obra «María», las descripciones son paradisíacas, llenas de colorido y fragancias, el paisaje juega un papel significativo para el desarrollo de este idílico amor, y en ello radica parte de la valoración como novela romántica. Los personajes negros que habitan la hacienda son idealizados, mas no ocurre lo mismo con los que sirven fuera de ella.

Con relación a la narración intercalada sobre la esclava Nay, hago la siguiente consideración: el origen de realeza que tenía Nay en África, en tierras chocoanas cambia; su nombre será el de Feliciano y su trabajo el de aya en la familia; también cambiaran las prácticas rituales y todo su pasado.

Aquí vale destacar la presencia de dos mujeres con historias semejantes una en «María» y la otra en «Changó el gran putas». Nay, madre de Juan Ángel y Potenciana Biojó, madre de Benkos Biojó, quien a su llegada a Cartagena se convierte en el lazo de unión entre negros y la religión católica.

Como bisagra entre los siglos XIX y XX, nos encontramos a Tomás Carrasquilla, quien inicia su actividad como escritor en 1894. La crítica ha coincidido en afirmar que cada vez que hizo alusión al negro se refirió en términos despectivos. De la extensa producción literaria de Carrasquilla, he tomado un cuento y una novela para mostrar cómo aborda el tema del negro.

«Simón el mago», cuento con el que ingresa al grupo llamado El Casino de Medellín en 1890, es quizá el texto en el que el escritor se detiene más para referirse al personaje de Fructuosa Ríos, mujer cuya edad es de sesenta años, quien ejecuta las funciones de aya. El narrador hace su descripción teniendo en cuenta su contextura física, hace énfasis reconociendo su origen: «era negra de pura raza, lo más negro que he conocido; de una gordura blanda y movable, jetona como ella sola». (Carrasquilla, 1974b:26)

Aquí es válido hacer referencia a los nombres de las mujeres, pues su descripción es completa: Juana García y ahora Frutuosa Ríos, están identificadas y por tal razón serán señaladas con desprecio y un poco de temor. No hay duda que las brujas son personajes muy importantes en la cultura popular, (creencias y mitos); de hecho nos las encontramos en muchos cuentos infantiles. También en la Edad Media ellas fueron fuente no sólo de inspiración sino de odio y represión. En la obra cervantina y citemos el Coloquio de los perros, es una mujer negra la Cañizares, la que habla de las falsas acusaciones de sus enemigos y de los señores inquisidores (Cervantes, 1969:649). También en la colonia neogranadina, como lo reiteran historiadores y sociólogos, la llamada Santa Inquisición dejó huellas indelebles.

Regresemos a «Frutos», así le llamaban por su acercamiento a la familia. Aunque el narrador hace una opaca valoración de esta negra, se puede observar que ella es una contadora de cuentos, uno de los rasgos destacados entre las mujeres de su etnia, con los cuales entretiene al niño Simón, el hijo mimado por todos en casa del patrón. Frutos, como su aya, también le enseñará a rezar y le ofrecerá los productos más selectos de su rica sazón; le entretiene con música, pues de cualquier tablilla y con hilos de cerda le fabricaba una guitarra de leves sonidos que ella acompañaba con sus cantos. Así habla Simón de esta contadora de cuentos que lo encanta:

A medida que yo crecía, crecían también los cuentos y relatos de Frutos, sin faltar los milagros de Santos y ánimas benditas! Qué verbo el de aquella criatura!

Narrando y narrando llególes el turno a los cuentos de brujería y de duendería! Ya aquí el extasiarse de mi alma! (Carrasquilla, 1974b:28).

Pero no se trataba de escuchar un cuento, pues detrás de cada uno venía el comentario que era otro cuento y así se pasaban las horas, con el cuento de nunca acabar. Ella metida en los recuerdos ancestrales, distrae al hijo del patrón con la palabra, que es tradición.

Pero como resultado de los últimos relatos, Frutos es considerada una bruja maldita que debe salir de la casa. Frutos es golpeada por el patrón, porque según él había inducido a realizar prácticas de brujería al niño, y como en la época de la Inquisición debía ser castigada.

Para entender mejor la novelística negra y lo que muchos llaman la cualidad mágica y supersticiosa, es necesario acercarse al estudio de la persistencia africana y conocer cómo la brujería juega papel importante en la vida cotidiana de sus descendientes, y está unida a sus prácticas religiosas. Los africanos, como sus descendientes, piensan mucho en la magia, sus peligros, causas, efectos y contras: por ello, uno de los elementos de protección son los amuletos que fabrican en madera, piedras e hilos multicolores con los cuales representan a su oricha protector. Rezan salmos, exhortan a los espíritus malignos y hacen *despachos* para los amantes perdidos. Las plantas y las comidas también se constituyen en elementos de magia, hechicería y curanderismo.

Otro aspecto, ahora relacionado con la minería, es la de relación amo-patrón. En «La marquesa de Yolombó», Carrasquilla toca nuevamente aspectos de la vida social y cultural del negro. Es de suponer que las relaciones entre los propietarios de las minas y los esclavos a su servicio, en algunos casos, harían resaltar la diferencia, pero en otros el narrador manifiesta las posibles relaciones entre Vicente y las esclavas. Este hecho común, ha marcado la historia de la mujer negra en Colombia: «Así mismo, y como contra parte, abundaron las relaciones amorosas y sexuales entre ellas y sus amos» (Friedemann y Espinosa, 1995: 53).

Aunque el negro sea industrioso y servicial, también tiene sus debilidades; es bebedor y alcahueta con el comportamiento débil de su amo; muchos hacen trabajos como despenseros, cocineros, sastres y camareros y otros trabajan en las minas de Yolombó. La mujer por su parte:

Mediante buen salario, desempeña la cocina como mandataria y jefe, la fogonera Sacramento. Es una liberta de Remedios, que, en los tiempos de la servidumbre, dio varios hijos a sus diversos amos. Libre del yugo de la procreación, rescató al mulato Guadalupe, veinticinco años menor que ella; y, hechizándolo con embrujos y buenos servicios, elevolo a la categoría de esposo idolatrado. (Carrasquilla, 1974a:113)

Aunque el escritor haya introducido personajes negros en sus obras, se puede observar que está lejos de haber desarrollado una valoración ética sobre él. Sin embargo el gran crítico Kurt Levi (1974:71) manifiesta en el estudio preliminar a la obra «La Marquesa de Yolombó» que «El autor no se burla jamás de los criados. Hace hincapié en sus supersticiones y otras idiosincrasias, pero siempre deja constancia de su dignidad humana».

Reconozco que en la lectura de la palabra escrita en la novela, se le ha dado mayor importancia a los actos de brujería y maleficio, sin valorar el significado intrínseco de estas manifestaciones culturales, pues muchos de los bebedizos, unturas y alimentos son empleados en sus prácticas de curación y en las celebraciones de ritual de vida o muerte. Se afirma que Sacramento ha adquirido renombre de curandera y ha estado en Remedios y Zaragoza, que

[...] viene de una raza predestinada a la magia más aguda y extraordinaria; que su madre, la insigne María de la O Quintana, de gratísima memoria, era una zahorí tan formidable que ni el pliegue más arcano de futuro se le ocultaba a su adivinatoria omnipotencia.

Si es o no bruja escobera o voladora, se discute: ¿mas cómo no creer que es una ayudada de siete suelas? Todos le han notado el monicongo familiar que guarda en el seno como una reliquia. Es el tal negrito de palo, de tres pulgadas de alto, con ojos de cuencas blancas y dientes de albayalde; cabezón él, bracicruzado y patiabierta. Se lo levantaron en Zaragoza y les costó dos onzas por más señas. (Carrasquilla, 1974a:113-114)

La presencia del negro en la obra de Carrasquilla no se queda únicamente en el aspecto de la magia; a lo largo de ella se encuentran a las negras amamantando a los hijos de sus amas, son cocineras y despliegan todo el arte de la música y el baile, así se registra cuando se celebra la fiesta de San Juan, en donde la parafernalia es rica y la agitación del jolgorio es interminable: «los negros trabajadores en las minas, disfrutaban, por costumbre inveterada, de tres días de libertad con uno de salario» (Carrasquilla, 1974a:215).

La obra de Tomás Carrasquilla se ubica a finales del siglo XVIII y, como se puede observar en el texto, la vida del negro está retratada no sólo en los aspectos de trabajo, festejo, sino que deja comprobar la gran riqueza aurífera del país, como bien lo anota la historiadora Zamira Díaz López en su obra (1994).

Será en el siglo XX cuando la novela colombiana desarrolle la visión del hombre y del mundo afrocolombiano con toda su compleja configuración, atendiendo así a los nuevos cánones estético-literarios y tratando de penetrar con mayor interés en las vertientes temáticas que nuestra realidad nacional ofrece.

La novela del siglo XX abandonando en gran medida lo tradicional y asimilando nuevas técnicas estéticas, elabora una gran cantidad de obras que ofrecen al lector una gama de elementos significacionales, desde el fenómeno de la violencia años 50 - 60; para incursionar en la búsqueda de la identidad nacional, de las raíces culturales en una síntesis polisémica de la historia, en la reconstrucción documental y ficción narrativa. (Valencia, 1988:469).

Es a comienzos del siglo XX cuando el personaje negro aparece como protagonista en varias obras, ya para develar sus raíces, sus particulares formas de vida, del trabajo, del amor, de la música, la danza y, por qué no decirlo, de sus rebeldías. No creo que se trate de una posición esnobista, más bien es la necesidad de dar respuesta a problemáticas e intereses particulares de los escritores, es la realidad nacional problematizada en donde no valen los distingos étnicos; es cuestión de identidad.

El principal representante de esta literatura afrocolombiana es Manuel Zapata Olivella, investigador, crítico, ensayista y novelista, que desde 1943, cuando con Mario Viveros, Natanael Díaz, Helcías Martán Góngora y otros, organizan el Día del Negro en Colombia y que por tal hecho fue tratado de racista, no ha decaído en su interés y continua llevando a cabo charlas, producciones y representaciones sobre el mencionado tema. Es un aguerrido difusor y defensor del mestizaje sin descuidar su propia etnia.

«Chambacú corral de negros», es una novela que ha sido valorada por los críticos nacionales e internacionales por su gran contenido humano, por sus personajes en conflicto social. En ella se destaca el desalojo de los negros que viven en Chambacú, en donde se construirá un gran centro turístico, dando como resultado que los negros, antiguos habitantes del lugar y sumidos en la miseria y el abandono, se rebelen. El mulato Máximo, con su

voz, discute los valores de su cultura: «Nuestra cultura ancestral también está ahogada. Se expresa en fórmulas mágicas. Supersticiones. Desde hace cuatrocientos años se nos ha prohibido decir «esto es mío». Nos expresamos en un idioma ajeno. Nuestros sentimientos no encuentran todavía las palabras exactas para afirmarse (Zapata Olivella, 1977:121).

En «Chambacú corral de negros» se plantea la diferencia étnica, y por supuesto se alude a los lugares de procedencia de los negros, se destacan las variadas formas de trabajo, sus habilidades, como la agricultura, la pesca, el manejo de animales salvajes, el trabajo en cuero, la música, la danza, las artesanías y además sus prácticas religiosas.

Manuel Zapata Olivella también escribe el libro máximo de su étnia, «Changó el gran putas». En este texto desarrolla el contenido ideológico a través de una red de significados y significantes. En esta zaga, se encuentra de manera detallada el sentido religioso y social del negro. Es una obra que brinda la riqueza de los cuentos, mitos, ritos; es una obra que enfoca al afrocolombiano, pero también al afroamericano desde su génesis y éxodo, hasta llegar finalmente al encuentro de los ancestros.

*!Eleyay! padre Jalunga rememoro sus sabios
consejos:
La araña tarda mucho tiempo
en escoger las ramas
donde tejer su red
Te escucho venerable Jalunga: Si tienes atado
los pies camina con los ojos: los árboles vuelan
con el viento.
(Zapata Olivella, 1986:62)*

En las bodegas de los barcos negreros, dice la historia, hubo momentos para que los negros invocaran a sus dioses con la esperanza de lograr su libertad o regresar a su país de origen.

Pero si Changó es la zaga de la génesis y el éxodo del hombre negro, «Levantate mulato» es la obra del peregrinar del autor por las experiencias en su búsqueda de conocimiento. El trato que recibió por el solo hecho de ser negro; es el enfrentamiento a un mundo hostil, en donde debe vencer el hambre y los rigores del clima, trabajar como indocumentado, para alcanzar la conquista de sus ideales. Es la obra en la cual Zapata Olivella (1990) ha develado su credo literario y cultural.

Otro autor en el panorama nacional es Álvaro Mutis, que en su novela «La mansión de Araucaima», trabaja al personaje del negro en su oficio de cocinero y brujo. Leamos cómo lo describe desde sus rasgos físicos: «Cristóbal, un haitiano, gigantesco, que hablaba torpemente y se movía por todas partes con un elástico y silencioso paso de primate, era el sirviente de la Mansión (Mutis, 1982:28).

Pero después de anunciar el origen del negro Cristóbal, y luego de hacer de él una descripción animalesca, se refiere a sus prácticas ancestrales:

Cristóbal había sido macumbero en su tierra natal, pero ahora practicaba un rito particular, con heterodoxas modificaciones que contemplaban supresión del sacrificio animal y en cambio propiciaban largas alquimias vegetales. Los olores de hierbas maceradas, que salían de su cuarto en ciertos días, invadían toda la casa, hasta cuando Don Graci protestaba: Díganle a ese negro de mierda que deje sus brujerías o nos va a ahogar a todos con sus sahumeros del carajo (Mutis, 1982:29).

Algo más, Cristóbal es cuestionado por el dueño de la mansión; pues el ritual llevado a cabo por Cristóbal descompensa la siquis del amo, al no soportar tanto olor de hierbas e incienso. Aquí se manifiesta una crítica y un desconocimiento del otro.

El narrador anota las prácticas religiosas del haitiano y cómo éste ha tenido que suprimir elementos para llevarlas a cabo en un espacio diferente; es un flagrante ataque a la concepción del mundo por el negro.

Dichas «huellas» remiten al problema de la «génesis de los sistemas culturales afroamericanos», ya que los rasgos ancestrales africanos fueron objeto de adaptación y recreación en el Nuevo Mundo. Una de las constantes del ser cultural negro –en África y acá– es el profundo «amor por la palabra que refleja la importancia que tienen en el mundo chocoano personajes como el cuentero, el decimero, el rezandero, la cantadora, el curandero, etc. (Patiño Rosselli 1992:199)

En la obra de Mutis, volvemos a encontrar la palabra oral del ritual; en este caso, cuando se sirven los alimentos, el negro Cristóbal recita una salmodia, otro rasgo generalmente practicado y observado en la vida de los negros, cuando laborando se encuentran. En los diferentes estudios sobre negros, ésta es una de sus mejores formas para aliviar el peso de las faenas diarias, o cuando se sienten maltratados.

*Alabá bembá
en nombre de Orocuá
la gallina se coció,
Para el que quiera gozá
Cristóbal la cocino.
(Mutis, 1982:30)*

El ensayista Fernando Ortíz (1984:166) en su obra Ensayos Etnográficos dice: «Cuando éstos lloran, porque se creen maltratados o porque se les ha muerto un familiar, rompen en una tonada monótona o improvisan un verso rítmico que repiten y repiten hasta quedar exhaustos o hasta que algún suceso inesperado distrae su atención en otro sentido».

Finalmente considero que la producción nacional con relación a la presencia del negro en la novela y el cuento, es una mina estética, literaria, social y cultural, que reclama lectores comprometidos con la historia y la literatura del afrocolombiano.

Como han podido escuchar, lejos de hacer un análisis sobre la obra narrativa de cada una de los autores nacionales escogidos, quise mostrar cómo en la rica producción literaria nacional, la temática negra entra a constituir el cuerpo de muchas obras. Por otra parte, Valencia Solanilla (1988:476), plantea que es necesario entrar a cuestionar y analizar en profundidad «otro elemento definitorio de la novelística colombiana es la búsqueda de la identidad individual y colectiva, mediante la reconstrucción y reescritura del pasado, que constituye una indagación de nuestras raíces culturales más remotas, a través de un discurso polivalente y crítico de acercamiento a nuestra historia».

Es importante destacar que además de los escritores ya nombrados, otros más han manejado la temática de la etnia negra en sus novelas, en donde se pueden destacar los títulos simbólicos y que al tratar el tema de la etnia negra lo hacen convencidos de los factores que constituyen nuestra identidad cultural. Puedo citar a Pedro Gómez Valderrama con «La otra raya del tigre», Germán Espinosa con «Tejedora de coronas», José Luis Garcés con «Entre la soledad y los cuchillos», Fabio Martínez con «Club Social Monterrey» y Humberto Valverde con «Bomba Camará».

Cuentistas como Arnoldo Palacios, Carlos Arturo Truque, Guillermo Payán Archer, Oscar Collazos, Enrique Cabezas Rher, Alfredo Vanín, Sonia Nadhezda Truque, Moro Manzi, entre varios más.

La narrativa afrocolombiana es rica en tradición oral, devela la situación del negro a través de los siglos, y la forma como se tejen los temas brinda al lector una cantera de conocimiento del valor que tiene lo pluricultural y multiétnico de nuestro país, y la necesidad de reconocernos en la diversidad para marcar nuestra identidad nacional, **que no debe ser excluyente.**

BIIBLIOGRAFÍA

Carrasquilla, Tomás

1974a **La Marquesa de Yolombó.** Instituto Caro y Cuervo, Bogotá

1974b **Cuentos,** Editorial Bedout, Medellín.

Cervantes, Miguel de.

1969 **Novelas Ejemplares.** Bruguera, Barcelona.

Diaz Castro, Eugenio

1972 **Manuela.** Editorial Bedout, Medellín.

Diaz Lopez, Zamira

1994 **Oro, Sociedad y Economía, el sistema colonial en la Gobernación de Popayán: 1.533-1.733.** Banco de la República, Santafé de Bogotá.

Friedemann, Nina S. de y Espinosa Arango, Mónica.

1995 Las Mujeres Negras. En **La Historia de Colombia**, Tomo II, Mujer Y Sociedad, Consejería Presidencial Para La Política Social, Norma, Santafé De Bogotá.

Grisolle R, Juan y Grisolle, Janeth S. de.

1986 Literatura Infantil y Racismo. En **La Participación del Negro en las Sociedades Latinoamericanas.** Instituto Colombiano De Cultura, Instituto Colombiano de Antropología, Bogotá.

Gutiérrez Azopardo, Ildefonso.

1980 **Historia del Negro en Colombia,** Nueva América, Bogotá.

Isaacs, Jorge

1967 **María**, Biblioteca de Cultura Colombiana, Bogotá.

Jackson, Shirley

1986 **La Novela Negrista en Hispanoamerica**. Pliegos, Madrid.

Kurt, Levi

1974 **La Marquesa de Yolombó**. Tomás Carrasquilla, edición Crítica. Instituto Caro y Cuervo, Bogotá.

Mutis, Álvaro

1982 **La Mansión de Araucaima**. Oveja Negra, Bogotá.

Ortíz, Fernando.

1984 **Ensayos Etnográficos**. Editorial de Ciencias Sociales, La Habana.

Patiño Rosselli. Carlos

1999 Huellas de Africanía en el Chocó. Sobre el Libro de Nina S. De Friedemann y Alfredo Vanín, En **América Negra** No.3, Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá.

Rodríguez Freile, Juan

1981 **El Carnero**, Editorial Bedout, Medellín.

Valencia Solanilla, César

1988 La Novela Colombiana Contemporánea en la Modernidad Literaria. En **Manual de Literatura Colombiana**, Tomo II, Procultura, Planeta, Bogotá.

Zapata Olivella, Manuel

1990 **Levántate Mulato, Por Mi Raza Hablará el Espíritu**. REI Andes Ltda., Bogotá

1986 **Changó el Gran Putas**, Oveja Negra, Bogotá.

1977 **Chambacú. Corral de Negros**. Editorial Bedout, Medellín.